

30 DE MAYO DE 1986, FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO

El día 30 de mayo, los amigos de la Ciudad Católica celebramos la festividad de nuestro patrón San Fernando, como es habitual, con una Misa y subsiguiente cena.

La Santa Misa se celebró en la Parroquia de San Juan de la Cruz, y la cena de hermandad en el restaurante «Jai Alai».

Publicamos a continuación la plática en la Misa del R. P. Bernardo Monsegú, C. P. y los discursos de Pilar Cárdenas Delgado, Luis María Sandoval Pinillos y Antonio Segura Ferns.

LA LECCION DE SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA

Homilía pronunciada por el P. Monsegú, C. P.:

El 30 de mayo, fiesta anual del Santo "Miles Christi", soldado de Jesucristo. Esta es con toda verdad la calificación que mejor conviene a nuestro glorioso rey San Fernando. Al servicio de Jesucristo como cristiano, como rey y también como «alférez mayor del Señor Santiago», según gustaba llamarse.

Su vida fue un continuo batallar, a fin de conseguir que el reino de Dios se asentara, en primer lugar, en su interior, ya que como dice el Evangelio «regnum Dei intra vos est», procurando modelar su corazón en conformidad con la ley de Cristo.

Y, luego, también en su exterior, en las gentes y tierras que Dios había confiado a su cuidado, las que procuró poner al servicio de Cristo, comenzando por liberar el suelo patrio de los enemigos que se habían injustamente enseñoreado de él.

Y todos sabemos bien con cuánto éxito lo consiguió. Y a los pueblo o gentes, ya pacíficamente en su posesión, los gobernó siempre según la política de Cristo.

Hizo, pues, San Fernando, auténtica labor y empresa de cristiandad. Pues cristiandad no es, en el fondo, otra cosa que afirmación y reconocimiento del señorío de Cristo por pueblos y naciones, aceptando su doctrina y haciendo que leyes e instituciones se dejen inspirar por los principios cristianos.

El cristianismo profesado por muchos se traduce espontáneamente por cristiandad, como natural y lógicamente se sigue que ha de profesar cristiano o católico un Estado que sea expresión del sentir general de la nación.

Porque del señorío de Cristo, tan profundamente afirmado por San Pablo, nadie con verdad puede excluir a la sociedad y, dentro de ella, a lo que es su expresión social última, el Estado. Instaurare omnia in Christo.

Como la vida y la gesta de San Fernando al servicio de Cristo y de la cristiandad la conocemos todos, no me voy a detener en ello. Prefiero invitaros a todos, a vosotros en particular, hombres amigos de la Ciudad Católica, que tenéis por lema: PARA QUE EL REINE, que lo dice todo, que lo convertís, como San Fernando, en vida y empresa vuestra. No sólo de un modo individual, sino también, como acaba de

recordar recientemente Juan Pablo II a los católicos todos, de un modo unitario, solidario y organizado.

Es decir, que hay que trabajar no sólo para que Cristo reine en nuestro interior, sino también fuera de nosotros, en nuestros cuadros sociales y en nuestros cuadros políticos.

Nuestras leyes e instituciones deben, como mínimo, no ser hostiles al mensaje y la moral de Cristo, no sólo porque, como dice expresamente el Vaticano II, queda íntegra la doctrina católica tradicional acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo, sino también porque un Estado, representativo de una mayoría católica, es una anomalía que se declare aconfesional, incluso si se hace juicio de él desde el punto de vista democrático o según ley de mayorías y minorías.

Lo que proclamó el Vaticano II, y está claro en el título, en la letra y el espíritu de la DECLARACIÓN SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA, no fue que los Estados no deben profesarse confesionales y, llegado el caso, católicos; sino sencillamente que todos los Estados han de salvaguardar siempre la libertad religiosa civil de todos los ciudadanos, que es cosa bien distinta. Hay un paralogsimo, pues, en trasladar al tema de la confesionalidad lo que el Concilio pensó y declaró referido al tema de la libertad religiosa.

Pese a cuanto se diga por algunos, ni las enseñanzas del supremo Magisterio han sido contradichas o cambiadas por el Vaticano II, ni el ideal de cristianidad está superado, aunque las circunstancias históricas o sociológicas, hoy, le sean adversas. La instancia permanece, y nuestra obligación como cristianos y católicos no es la de arrumbar el ideal, sino el de trabajar con todas nuestras fuerzas porque esas circunstancias se modifiquen.

Y hay que hacerlo con todos los medios legítimos a nuestro alcance, a corta y a larga distancia; nos sonría o no nos sonría el éxito. Dios no nos pedirá cuenta de éste, sino del empeño que hubiéramos puesto en conseguirlo. Empeño vuelto en primer lugar hacia dentro de nosotros mismos, para perfeccionarnos según Cristo, dejándole que reine en nuestro interior. Y vuelto también hacia fuera, hacia todo el abanico de nuestras actividades, no excluida la vida social y política, hasta conseguir que Cristo se enseñoree espiritualmente de nuestra sociedad, de nuestra nación y de nuestro Estado.

Para ello hay que ser cruzados y crucificados, como lo fue San Fernando, pese a que nuestras circunstancias de hoy sean tan distintas de las de su tiempo. Pero, en el fondo, la crucifixión a nosotros mismos se impone, como quería San Pablo, para que toda nuestra vida sea de Cristo, hasta poder decir: estoy crucificado con Cristo, Christo confixus sum cruce (Gal 2,19).

Y se impone también la cruzada. Porque si por crucifixión nos hacemos señores de nosotros mismos, por la cruzada lo que buscamos es que el señorío de Cristo se extienda también a nuestros hermanos, a nuestro pueblo y al mundo entero, hasta conseguir que en nuestro entorno familiar, profesional, social y político nada sea contrario al orden establecido por Dios en su Cristo, porque el señorío de Cristo, según doctrina del mismo Pablo, es universal, de él nada ni nadie queda excluido; y para que su reinado se extienda sobre todo hemos no sólo de rezar sino también de trabajar. Y, ¡ay de mí si no lo hiciera!, exclama el Apóstol. Hacerlo así es hacer cruzada del mejor estilo.

Cruzados y crucificados, así nos quiere Dios y así nos necesita la Iglesia. De ambas cosas nos da ejemplo y testimonio heroico San Fernando III el Santo. Con la oración y el cilicio fue un crucificado; con el ceño y la espada (como requería su tiempo) fue un cruzado.

Y es mucho lo que necesitamos los cristianos de hoy de este ejemplo y esta doble lección, cuando nada parece escasear más que cristianos decididos y heroicos que sepan dar testimonio de lo que son en casa y fuera de casa, en sus comportamientos individuales y familiares y en sus comportamientos sociales y públicos.

Nos lo acaban de recordar bien recientemente nuestros obispos con su extenso documento sobre «Los católicos en la vida pública»; y, todavía con más autoridad, precisión y más fuerza el mismo Juan Pablo II, dirigiéndose a los católicos italianos y muy concretamente a los que se organizan con vistas a una acción católica auténtica.

Con fecha 26 de febrero de este mismo año, a la entrada de la cuaresma, decía en una exhortación, que hay que armarse de coraje y de valentía cristiana, porque ni sabemos crucificarnos, dominándonos a nosotros mismos, ni sabemos ser cruzados luchando noble y heroicamente por la causa de Cristo.

Nuestro catolicismo dista mucho de ser viril, porque es contemporizador y es enclenque y busca diálogos imposibles.

El signo bajo el que discurre la vida de nuestro tiempo no es cristiano, y el espectáculo que damos muchos cristianos es, son palabras suyas, «desconsolador».

Porque nosotros, hijos de nuestro tiempo, no marchamos por el buen camino; buscamos habitualmente lo que nos es cómodo y agradable. Hacemos excesivas concesiones, incluso en el campo de lo religioso y eclesial. «Queremos apartar de nuestro programa de vida la renuncia y el esfuerzo, la cruz, en una palabras».

Y a título de ejemplo —añadía—, ahí están, por un lado, la contestación y la desobediencia o el rechazo de toda autoridad, testimonio vivo del olvido del gran misterio de la obediencia que es la vida de Cristo hecho por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz; y, por otro, el erotismo, es decir, la aceptación, más aún, la búsqueda de las múltiples formas de la sexualidad exhibicionista y calificada como naturaleza, como juventud, como arte, como belleza, como liberación.

Examinadlos y veréis cómo estos signos, estos caminos conducen lejos de la concepción cristiana de la vida, y no consideran a la cruz como polo orientador.

Ya es penoso constatar que haya cristianos que pretenden incluso ampararse e textos conciliares, leídos superficial y miopemente, para justificar su pereza y su flaqueza, concediendo una indulgente amnistía a la concepción hedónica y naturalista de la conducta moderna. No, lo que necesitamos hoy no son cristianos condescendientes, sino cristianos valientes; que no se avergüencen de lo que son, sino que vivan en coherencia y fidelidad con lo que son.

Como la gloria de Cristo no sólo se prepara, sino que comienza ya por la misma cruz de Cristo, así debe ser también para el cristiano. La resurrección se convierte en problema si no nos abrazamos antes con la Cruz. «El futuro de Dios comienza por la resurrección de Cristo Crucificado, pero gracias a un presente que en la Cruz de Cristo se manifestó como un abandono de Dios».

Para superar nuestra crisis de mundanismo, secularismo, naturalis-

mo, liberalismo o este dejar hacer que todo lo permite y todo lo legaliza, escudándose en la libertad con ofensa de la verdad o apelándose al dicho estúpido de que: hay que dar legalidad a lo que ya está en la realidad, con lo que se hace naufragar toda lucha por la virtud, o se dejan caer los brazos cuando las circunstancias nos son adversas; para superar, digo, todo esto, se necesitan cristianos y católicos de cuerpo entero, que sepan ser cruzados y crucificados; y que, como el mismo Juan Pablo II ha recordado, sepan serlo en su conciencia y en su vida privada, pero también en su vida profesional, social y pública.

Y no sólo dando de ello testimonio —es en esto en lo que el Papa insistía con más fuerza— de un modo aislado, algo así como franco-tiradores, sino también unitaria y solidariamente, de un modo organizado, llevando a la acción social y política un programa en coherencia y fidelidad a la profesión de cristianos, porque la unión hace la fuerza.

Sólo así el hermoso ideal de una cristiandad rediviva podrá ser un día un venturoso evento, como lo fue en otro tiempo, y a ello contribuyó no poco nuestro San Fernando en cruzada de reconquista para la liberación del suelo patrio de la opresión agarena, y aunque para ello tubiera que hacer suya de lleno la cruz de Cristo. Se crucificó a sí mismo como pide el seguimiento de Cristo, porque nada grande puede hacerse en cristiano ni como cristianos sino es enarbolando la cruz, comenzando por plantarla en el propio corazón. Crucificados para convertirnos en cruzados.

El cristianismo es, naturalmente, algo dinámico y con vocación de universalidad. Y cuando el cristianismo prende en la sociedad, allí, inevitablemente, surge la cristiandad. Como católicos y como españoles no podremos nunca descansar tranquilos hasta que no veamos triunfante de nuevo el ideal de cristiandad, acabando con el contrasentido de un pueblo cristiano, una nación cristiana que, sin embargo, en su expresión o representación social, jurídica y política más alta, es decir, oficialmente, por la vertiente de su Estado, no es cristiano sino laico cuando no laicista.

Que San Fernando nos ayude a ser lo que debemos ser.

DISCURSO DE PILAR CARDENAS DELGADO

Queridos maestros, compañeros y amigos de la Ciudad Católica: me siento muy honrada de poder dirigiros estas palabras en ocasión tan señalada como es la festividad con que honramos a San Fernando, rey de Castilla, y más aún por ser yo uno de los miembros más jóvenes y más recientes de esta Ciudad Católica.

Espero, por esto, que disculpéis la inexperiencia de mis palabras.

Aunque la sociedad cristiana en que San Fernando nació no conocía aún la Revolución, la cristiandad de ese siglo tomaba fuerzas para la violenta batalla que habría de librar en el futuro contra las fuerzas anticristianas.

La Reconquista, de la cual San Fernando fue principal protagonista, debemos verla como un ejemplo de esta nueva Reconquista que se encuentra hoy en su momento más álgido, y en lo que la cristiandad ha ido entregando gota a gota su vida en defensa de unos valores eternos; valores que se han conservado gracias al entusiasmo y a la energía que muchas generaciones de hombres esforzados pusieron y ponen